

Cultura contra Cultura

Cuando el régimen talibán cañoneó las estatuas gigantes de Buda, patrimonio cultural de la humanidad, el Mundo es escandalizó. Gracias a los medios de comunicación occidentales aprendimos a rechazar más a quienes golpeaban en público

a las mujeres que olvidaban llevar oculto el rostro y el cuerpo bajo una gruesa tela. En la mente de millones de personas quedó la convicción de que procedimientos tan bárbaros en estos tiempos no debían quedar sin castigos.

Sin embargo, los talibanes habían sido, hasta hacía muy poco, los caballos de batalla de Occidente en la lucha contra los invasores rusos; su tratamiento a los prisioneros de guerra, la colocación de minas antipersonales en poblaciones civiles y el exterminio de supuestos colaboradores eran, desde aquella época, tan bestiales como lo fue después la destrucción de uno de los símbolos budistas más grandes a cielo abierto.

Sólo unos años más tarde, las tropas norteamericanas entraron en Bagdad sin muchas bajas y con la probable ayuda de no pocos oficiales iraquíes. Mientras los invasores custodiaban día y noche las estratégicas reservas petroleras, y la inteligencia andaba a la cacería de documentos sensibles, de los exóticos y caros gustos de la familia Hussein, una avalancha de saqueadores penetró en el museo más importante de la ciudad y se hicieron de verdaderos tesoros culturales, algunos de ellos con miles de años de antigüedad.

Esta vez, aunque hubo escándalo, los medios se encargaron de hablar de costos y prioridades de la guerra. ¿Cuántos altos militares occidentales conocían el valor del museo? ¿Hubieran sido capaces de movilizar más soldados para proteger lo que, con toda seguridad, valía mucho más que un pozo de petróleo?.

Sólo cuando supieron que sus botas pisaban una de las cunas de la civilización, y que, traducido a lenguaje occidental, el atraco podía equivaler al saqueo del Vaticano, se comprometieron con el regreso de las piezas a cualquier precio, incluyendo el monetario.

El último escándalo político-cultural-religioso estalló este año, cuando una revista europea publicó caricaturas ofensivas al Profeta Mahoma. Enseguida se comentó que esa misma publicación había recibido también tiras cómicas sobre Jesucristo. Pero la redacción había decidido no circularlas. Fue un incidente aprovechado, sin duda, por grupos extremistas islámicos en tiempos donde ese tipo de libertad de prensa resulta muy peligroso. Ha servido, una vez más, para tomar nota de que en temas de cultura el Norte no siempre obra respetando las diferencias. O dicho de modo menos ambiguo, algunas veces no procede de manera culta respecto a los demás.

Cultura y Desarrollo Histórico

La palabra cultura proviene de colere, cultivar, hacer crecer, y ya en la Grecia de los sofistas, se comparaba con el cultivo del campo. Un hombre culto era como un terreno fértil, preparado por la naturaleza para dar frutos tras un paciente y cuidadoso cultivo del espíritu. Un individuo inculto era, para aquellos sabios, como un campo abandonado, desatendido.

A la dimensión natural de crecimiento humano bajo la influencia y la transmisión de diferentes saberes, en el Siglo XVII se le adicionó la capacidad consciente del sujeto para cultivarse; se entendió la cultura, además, como un proceso de búsqueda propia, guiada e integral de conocimientos y habilidades.

Bajo la influencia de los procesos revolucionarios burgueses del XVIII y el XIX, los estudiosos incorporaron el factor social: toda la comunidad humana y su desarrollo material y social determinaban, en buena medida, el cultivo de los individuos.

El progreso de la Ciencia y la Técnica durante los siglos XIX y XX provocó, por un lado, el aumento de la interconexión entre diferentes modelos o sistemas culturales hasta entonces desconocidos o poco comprendidos, y por otro, que los especialistas fueran descubriendo el continuum histórico-cultural: la Humanidad es producto

Cultura y Desarrollo Humano.

Por PEDRO RAÚL DOMÍNGUEZ

de una integración de saberes distintos, a veces insospechados, y que a modo de sistema indivisible acrisola información y la trasmite de generación en generación, de pueblo a pueblo.

A mediados del Siglo XX surgió la llamada Contracultura, un movimiento más social y contraventor que renovador en el plano estético. Las terribles cicatrices de la Segunda Guerra Mundial lanzaron la búsqueda de otros referentes desde dónde hacer la paz y nunca más la guerra. Con la Generación Beat (Jack Kerouac, W.S. Burroughs) la ilustración alcanzó como pocas veces en la historia importancia social y política; plataforma cultural desde la cuál se movilizaron grandes masas de jóvenes y veteranos contra la guerra, antónimo primordial de lo que es cultura.

Hoy asistimos, sin embargo, a un fenómeno singular. Mientras se presumen derribadas todas las fronteras ideológicas y se promulga la igualdad de saberes en un diálogo cultural amplio, las bases éticas sobre las cuales debe asentar, en principio, el hacer estético, se declaran -y se asumen- relativas.

Es una situación grave y sin aparente salida, pues el crecimiento humano no depende de quién y cómo se cultive el campo sino para y en función de qué es la labranza. El relativismo moral posibilita que unos sean más iguales que otros: los Señores de la Guerra afganos aplastaban con las esteras de los tanques a quienes no cooperaban, pero el alboroto vino con el destrozo talibán de las estatuas budistas; unos pozos de petróleo son más importantes que las antigüedades babilonias; el Profeta de más de mil millones de seres humanos puede ser escarnecido en tanto se habla de un choque entre civilizaciones.

Cultura y Libertad Humana

En ocasiones no comprendemos todo el significado que encierra la frase martiana de que ser culto es la única manera de ser libre. No sólo se trata de la libertad frente a un poder externo. En efecto, una persona instruida, ilustrada, puede valorar mejor su condición social, económica o política y tener un maletín con opciones diversas. Su cultura, que no sólo su saber académico, le permiten apreciar lo modificable y aún lo que por el momento no lo es. Su cultura integral -desde la física hasta la científica- le facilitarían los modos de enfrentar cualquier avasallamiento.

Pero en la frase de José Martí hay también un referente a la condición intrínseca del ser humano. Como el campo o la planta que crece en él, un individuo culto es una persona preparada para ser todo lo feliz que pudiera y, en consecuencia, hacer felices a quienes lo rodean; no es esclavo de su ignorancia, lo cuál le imposibilitaría disfrutar una música, un libro, una pintura o un juego de béisbol -y quizás jugarlo él mismo.

Una persona culta aprende a conocerse, a dominar sus impulsos, y no es esclavo de sus pasiones, sus frustraciones; en el diálogo con quienes piensan diferente no se muestra hostil, con resentimiento, y por ello disfruta el pedazo que siempre falta, ese que lo puede mejorar en espíritu. Un hombre culto lamenta, al acostarse, no haber aprendido algo nuevo ese día; sabe que no se las sabe todas, y que gracias a otros hombres y a la Naturaleza, podrá cultivarse hasta el día de su muerte. Un hombre con cultura es, sobre todo, un escucha: cuando puede o se lo permiten las circunstancias, dialoga.

Los hombres en guerra con ellos mismos, o las sociedades ideológicamente paralizadas, no podrán ser comunidades cultas porque carecen de una escucha múltiple, de diálogo, cuyo sentido es cotejar ideas diferentes y crecer en humanidad. No importan cientos de canales de televisión, periódicos, cines, museos -lo que se conoce como inflación de la cultura- o programas específicos para cultivar de modo intensivo, artificialmente, a los ciudadanos. La cultura se ejerce. Es una sabiduría práctica. No se puede almacenar. No se posee. El asunto es más sencillo, natural, complementario: se es culto porque se tiene autonomía para escoger, y se es independiente en la medida que la cultura lo permite y posibilita.



Contraculturas

Podríamos llamar corrientes contraculturales a las tendencias que impiden un adecuado crecimiento humano, espiritual, material, social. Las razones contraculturales, aquellas que limitan el desarrollo intelectual y físico de los ciudadanos pueden ser por defectos o por excesos.

Los defectos parecen obvios: el analfabetismo -hoy además de no saber leer, escribir o conocer al menos otro idioma, existe el iletrado cibernético-, la pobreza material con escasez de escuelas, maestros y programas coherentes, salud física y mental deficiente, alimentación irregular, desorden social o, su reverso, el ordenamiento asfixiante de la libertad humana.

Presumimos que desarrollo económico implica desarrollo cultural. Si bien uno no puede realizarse satisfactoriamente sin el otro, el exceso de información, como sucede en las plantas con los excesos de agua y de abono, puede ser dañino. Tomando al pie de la letra el aforismo de McLuhan, el medio es el mensaje, los poderes mediáticos están construyendo mensajes contraculturales cuando es el negocio y no los valores éticos y estéticos quienes gobiernan la información.

Hace años se habla de una neurosis de la información: las opciones son tantas que atropellan; el traslape de lo importante con lo insignificante confunde; las personas se tornan incapaces de separar unas informaciones de otras, y el resultado último son la anarquía de los valores, la parálisis intelectual y una notoria incultura. Cada día se lee menos en Occidente, y no es por carencia de libros. Se lee menos en cantidad por falta de tiempo y una inundación sensorial dónde lo inmediato y lo placentero han sustituido lo trascendente y lo espiritual. Se lee menos también en calidad, porque un libro tan malo como El Código da Vinci no debería ocupar el primer lugar en ventas durante los últimos años en la culta y cristiana Europa.

Corrientes contraculturales son, también, aquellas que pretendiendo ser todo, no son nada, ni siquiera movimientos de conciencia social contra las guerras, el hambre, la depredación del ambiente. En realidad, acomoda muy bien al Poder Mediático globalizador un pronunciamiento como el de la New Age: sin compromisos, sin un Dios único y revelado, sin comunidades humanas organizadas, sin reglas ni principios éticos que seguir.

Fe y Cultura

Hace 40 años, el Concilio Vaticano II ya prestaba gran atención al tema de la cultura. Consideraba *Gaudium et Spes* que era propio de la persona humana el no llegar a un nivel de vida verdadera y plenamente humano sino mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores de la naturaleza. Luego, cuando se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan muy íntimamente unidas. (53).

Como cultura definía todo aquello con que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades de alma y de cuerpo: por su conocimiento y su trabajo aspira a someter a su potestad todo el universo; mediante el progreso de las costumbres e instituciones hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad misma; finalmente, con sus propias obras, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva sus grandes experiencias espirituales y sus deseos, de tal modo que sirvan luego al progreso de muchos, más aún, de todo el género humano. (53).

El Cristianismo, que fusionó desde el principio las culturas judaica y grecolatina, no es una civilización, un saber, una filosofía o un manual de preceptos morales. Pero al ser una Economía de la Salvación no puede prescindir de los saberes, las filosofías o las costumbres donde los hombres desarrollan sus vidas. Al respecto, la Encíclica de Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, expresaba:

El hecho de que la misión evangelizadora haya encontrado en su camino primero a la filosofía griega, no significa en modo alguno que excluya otras aportaciones. Hoy, a medida que el Evangelio entra en contacto con áreas culturales que han permanecido hasta ahora fuera del ámbito de irradiación del cristianismo, se abren nuevos cometidos a la inculturación. Se presentan a nuestra generación problemas análogos a los que la Iglesia tuvo que afrontar en los primeros siglos. (72).

Juan Pablo II insistió, a partir de su propia experiencia conciliar y como intelectual -poeta, dramaturgo- en el diálogo ecuménico e intercultural. Ello presupone el respeto a las diferencias. La Iglesia no debe prescindir o devaluar otros sistemas culturales, integrados orgánicamente a los pueblos nuevos, allí dónde el mestizaje y los procesos sincréticos moldearon comunidades humanas singulares. En la citada Encíclica, *Fides et Ratio*, el entonces Sumo Pontífice escribía:

El anuncio del Evangelio en las diversas culturas, aunque exige de cada destinatario la adhesión de la fe, no les impide conservar una identidad cultural propia. Ello no crea división alguna, porque el pueblo de los bautizados se distingue por una universalidad que sabe acoger cada cultura, favoreciendo el progreso de lo que en ella hay de implícito hacia su plena explicitación en la verdad... En este encuentro, las culturas no sólo no se ven privadas de nada, sino que por el contrario son animadas a abrirse a la novedad de la verdad evangélica recibiendo incentivos para ulteriores desarrollos. (71).

Muy mal evangelizaría la Iglesia si no tiene en cuenta, como ha sucedido en ocasiones, las fusiones de costumbres, saberes y sangres. Mal le iría a un Estado que promoviera una religión más que otra, aunque no todas las religiones tienen el mismo peso en la conformación cultural de los pueblos. Confundir las ramas con las raíces de la planta no ayuda en su cultivo: las raíces buscarán siempre la profundidad, los imprescindibles nutrientes; las ramas, el aire fresco y el toque de singularidad al follaje. Sea porque la historia y los hombres fueron injustos, y el coloniaje mutiló el lenguaje, las costumbres, las religiones y los saberes de los pobladores autóctonos, la realidad es que el mundo cultural que conocemos hoy tomó una buena parte de las tres grandes religiones monoteístas -Judíasmo, Cristianismo e Islamismo- y del politeísmo oriental del Hinduismo y el Budismo.

Religiones y cultura están imbricadas de tal modo en la historia de la humanidad que prácticamente no existe expresión cultural valiosa que no haya tenido en cuenta lo religioso, para afirmarlo o para negarlo. La intención explícita del Materialismo de oponerse, desvirtuar y ocultar la presencia religiosa en la cultura es, paradójicamente, el mayor reconocimiento implícito de su importancia cardinal para los hombres y las civilizaciones.

Para concluir, sería imprescindible hacer una breve cita del ENEC que, al pasar los años, nos hace revisar los logros, las carencias y las aspiraciones de la Iglesia en temas de Fe y Cultura:

Una Iglesia que se abre más a la vida social, que busca espacios nuevos para la Evangelización, que quiere promover la participación activa de los laicos en la sociedad, tiene necesidad de alcanzar, con su palabra y su acción, todos los campos de la vida, de la cultura (485).